

La reconstrucción del claustro de Santa María la Real de Olite ¿Un caso de des-restauración?

Leopoldo Gil Cornet, arquitecto de la Institución Príncipe de Viana. Gobierno de Navarra. ALPRM

La Iglesia de Santa María y el Palacio Real de Olite¹

El núcleo primitivo del Palacio Real de Olite (Navarra) remonta su construcción a la época romana y ha sido identificado con el “praetorium”, centro de acuartelamiento y punto fuerte de un sistema defensivo basado en un recinto fortificado que cerraba la población. La existencia de grandes sillares almohadillados en la parte baja de torres y muros nos remite al siglo I d.C. y hace pensar en un aprovechamiento continuado durante la Edad Media. Sin embargo, hasta la segunda mitad del siglo XIII no hallamos mención documental de palacios reales en Olite. La noticia de celebración de cortes en Olite por esas mismas fechas no implica su existencia, puesto que dichas reuniones no precisaban locales palaciegos ni especialmente acondicionados. Las referencias, en cambio, van a generalizarse a lo largo del siglo XIV con frecuentes estancias de Felipe III, Juana II y Carlos II, quienes se dedicaron a acondicionarlo.

Es imposible datar el inicio de reutilización medieval de esta primera construcción, puesto que fue la dependencia que más sufrió la depredación del siglo XIX. Antes de la restauración apenas quedaban en pie los lienzos que unían las cuatro torres de las esquinas y las huellas de pilares interiores. La documentación medieval individualiza las distintas dependencias, cuya distribución variará a comienzos del siglo XV, cuando se abran los dos grandes ventanales que hoy dan a la plaza de San Francisco. Hasta ese momento no se diferenciaba en gran manera de otras construcciones del reino organizadas en torno a un patio rectangular. Ni Carlos II ni sus padres habían alterado significativamente el conjunto.

Cuando Carlos III accede al trono en 1387 inicia una serie de construcciones en todo el reino a fin de dotar de palacios reales a varios de los principales núcleos de población. La edificación del palacio de Olite a partir del año 1388, fecha en que adquiere las primeras casas para descongestionar y ampliar el antiguo palacio, debe inscribirse en esta actuación.

Tenemos que imaginarnos el rectángulo del antiguo “praetorium” inmerso en un enjambre de pequeñas construcciones que invaden todos los rincones que quedan entre el palacio y la Iglesia de Santa María. Durante diez años, el monarca arregla y reacondiciona las antiguas dependencias del palacio. En abril de 1399 se puede fechar el inicio de la ampliación del antiguo palacio mediante la adquisición de unas casas colindantes. Éste es el emplazamiento elegido por la reina para hacer sus edificaciones, el espacio comprendido entre el palacio viejo y la iglesia; y aquí se levantará la nueva capilla de San Jorge y los aposentos de doña Leonor. Al mismo tiempo, el rey se dedicaba a la ampliación y arreglo de los jardines.

A partir de 1402 Carlos III promueve la edificación de un nuevo complejo sin un esquema previo. La construcción seguirá el trazado de las fortificaciones de la villa. Primero se levantó el núcleo central, la Gran Torre, a la que se fueron añadiendo distintas piezas (Torre Nueva, Torre del Retrait, Torre

de la Vit, Galería del Rey) que dejaban entre ellas pequeños patios interiores (de la morera y de la pajarera). Más tarde, entre 1410 y 1415, se alzaron las torres periféricas (de las Tres Coronas, de los Cuatro Vientos, de la Atalaya, del Portal, del Aljibe) que fijaron su característica silueta. Con la Galería de la Reina, suspendida sobre una inmensa sala cubierta por potentes arcos, y la escalera principal, de la que no quedan huellas, se concluyó la ampliación del conjunto hacia 1420.

Carlos III murió en Olite el 8 de septiembre de 1425, y hasta el último año de su vida siguió interesado en mejorar su obra predilecta. El conjunto por él edificado era magnífico: “seguro estoy que no hay rey que tenga palacio ni castillo más hermoso, de tantas habitaciones doradas (...). No se podría decir ni aun se podría siquiera imaginar cuán magnífico y suntuoso es dicho palacio”, relataba un visitante alemán años después de la muerte del rey Noble.

La incorporación de Navarra a la corona de Castilla en 1513 supuso el comienzo del declive del Palacio Real y el inicio de su deterioro, ya que a partir de ese momento se utilizó como residencia de virreyes y, sólo con ocasión de alguna visita regia, como residencia real. Su mantenimiento era un gasto que gravaba al tesoro sin rendir aparentes beneficios. Conocemos numerosas reparaciones, casi siempre de escasa importancia y más bien tendentes a permitir su habitabilidad, durante los siglos XVI, XVII y XVIII.

Una descripción de 1802 atestigua la conservación hasta ese momento de la mayor parte de las dependencias, si bien muchas de ellas en estado precario. Sin embargo, la Guerra de la Independencia va a resultar fatal para el palacio. Para evitar que las tropas francesas en retirada se pudieran hacer fuertes entre sus muros, Espoz y Mina ordenó prenderle fuego en 1813. El palacio, todo él lleno de cubiertas y dependencias trabajadas en madera, debió de arder como la yesca. Sólo resistieron los muros de cantería, y aún estos sufrieron graves desperfectos. En 1817 declaraban que se hallaba “derruido en su interior”, situación que dio pie a un continuo saqueo.

La parroquia de Santa María y su claustro

Incrustada en el palacio real se encuentra la Iglesia parroquial de Santa María. Construida en el primer tercio del siglo XIII, su portada se fecha hacia 1300. Aunque no se trata de la capilla de palacio, los reyes la favorecieron de una manera especial y la utilizaron en actos solemnes por su mayor capacidad.

Ante la fachada occidental, se edificaba en 1432 un claustro para los canónigos de Santa María, con el soporte económico de la Reina Doña Blanca. Al claustro se accedía originalmente a través de un arco flanqueado por un conjunto escultórico que representa a una reina en oración ante la Virgen. El escudo soportado por un lebril la identifica con la Reina Blanca (1425-1441) ya que parte sus armas con las de su marido Juan II. Se trata de una representación que responde al tipo de donante en pie ante la imagen de su devoción. Su excelente factura la conecta con el mejor escultor entonces activo en Navarra, el flamenco Johann Lome de Tournai.

La conservación de los restos del palacio real

La primera acción dirigida a evitar que “tan venerables ruinas se derrumben por completo sin que se guarde un recuerdo de aquel precioso monumento” la promovió la Comisión de Monumentos de Navarra en 1869. Encargó a don Juan Iturralde y Suit, secretario de la Comisión, que fuera a reconocer las ruinas. Un año más tarde, Iturralde presentó a la Comisión los resultados de la investigación

que se le había encomendado. Se trataba de una memoria acompañada de trece láminas que, a la vista de la calidad del trabajo, la Comisión acordó publicar.

En 1914, urgida por la Comisión de Monumentos, la Diputación Foral de Navarra adquiere los restos monumentales del Palacio Real de Olite “para conservarlos y, cuando sus perentorias necesidades se lo permitan, restaurarlos, y de esta forma salvarlos de la destrucción que les amenaza”. A partir de ese momento la Diputación, de la mano de la Comisión, podrá intervenir en las ruinas con entera libertad. Así en 1923, convocó un concurso internacional para la confección de un proyecto completo de restauración, que, a modo de plan director, sirviera de base a los trabajos de conservación y restauración que en lo sucesivo fueran a realizarse en el palacio. El concurso, que se falló en 1924, lo ganaron los hermanos Javier y José Yáñez Larrosa. Por Real Orden, de 17 de enero de 1925, del Ministerio de Instrucción Pública, se declaraban las ruinas del Palacio Real de Olite monumento nacional.

La Institución Príncipe de Viana

En 1940, la Diputación Foral de Navarra creó la Institución “Príncipe de Viana”, para que se ocupara de la restauración, mantenimiento y custodia del patrimonio artístico del reino. Por Orden de 11 de noviembre de 1940, del Director General de Bellas Artes se facultó a la Diputación Foral de Navarra para que, directamente y por su cuenta, atendiera a la custodia, conservación y restauración de los monumentos histórico-artísticos de la Provincia, con todo su contenido. La Diputación delegó esta facultad en la recién fundada Institución “Príncipe de Viana”.

De Palacio real a parador nacional

En los primeros días de 1963, visitó Navarra el Director General de Fomento del Turismo. En su estancia manifestó la posibilidad de construir un Parador Nacional en las ruinas del Palacio Real de Olite. Por tratarse de un monumento declarado, la Diputación recabó la opinión de la Institución Príncipe de Viana, quien consideró que podía “ser la solución para el futuro del Palacio”, puesto que el Parador se pretendía construir en una zona del conjunto palaciego “de la que no quedaba absolutamente nada” y que, “por este motivo, era imposible su restauración”. “De hacerla, sería una restauración caprichosa”. Además, se justificaba, “la intervención no afectaría para nada al exterior, que una vez restaurado, quedaría como en la actualidad y podría ser un establecimiento de lujo para el gran turismo extranjero, que desea verse alojado en un viejo castillo español. La parte gótica del castillo, cuando esté restaurada, servirá de aliciente, para el turismo extranjero de gran lujo”. Yáñez Larrosa reconoce que el edificio donde se pretende instalar el Parador es “parte interesante del palacio por su antigüedad, pero que, por el estado de destrucción en que se encuentra, no admite una fiel restauración”.

Con esta opinión tan favorable de los responsables de la Institución, la Diputación dio su conformidad a la instalación de un Parador Nacional de Turismo en los restos del Palacio Real de Olite y cedió gratuitamente al Ministerio de Información y Turismo el terreno y las ruinas. Pero hizo constar que, en lo que respecta al aspecto exterior del Palacio, por tratarse de un Monumento Nacional, debería quedar sujeto a la inspección y aprobación de los Arquitectos de Monumentos de la Institución.

Daños colaterales. De claustro a atrio

Cuando parecía que todo se había solucionado, el Ministerio introdujo una nueva condición que afectaría de forma decisiva al conjunto monumental de Santa María: “Debe desalojarse el edificio situado en el extremo derecho de la fachada principal de la fortaleza y (sobre el) claustro de la iglesia, que está destinado a vivienda, pues en el proyecto se ha de incluir su demolición, ya que la entrada de servicio hay que acoplarla en dicha zona”.

Tanto el claustro como los edificios adosados a él, residencia del párroco y del coadjutor, pertenecían a la parroquia de Santa María. Sin embargo el Secretario de la Institución opinaba que “las demoliciones de estos edificios no son solo necesarias para las obras del Parador, sino esenciales para dejar en su primitivo estado el claustro gótico y la fachada de la iglesia”. La Diputación, en sesión de 4 de noviembre de 1966, acordó realizar las gestiones necesarias “para proceder al derribo de los dos edificios adquiridos a la parroquia de Santa María, anexos al Parador de Turismo Príncipe de Viana”.

En 1964 se aprobó el proyecto redactado por el arquitecto Ignacio Gárate Rojas. Las obras se adjudicaron en diciembre de 1964 y el 17 de octubre de 1966 se inauguraba el Parador Nacional de Turismo del Príncipe de Viana.

Con fecha de 29 de enero de 1966, el arquitecto de la Institución, José María Yáñez Orcóyen, presentó el proyecto de urbanización y adecentamiento de la placeta del Palacio Real de Olite, que contemplaba la demolición de las edificaciones que conformaban el claustro de Santa María. Mientras se cubría con pizarra la Galería del Rey y la torre de las Tres Coronas, se derribaban las casas adosadas al claustro, “porque afeaban y hacían difícil la visión del claustro”. Derribados los edificios, se consolidaron las arquerías góticas que se dejaron al descubierto y sin techumbre alguna, “con lo que a través de las celadas góticas podrá verse la maravillosa portada de esta Iglesia de Santa María. De esta forma, la plaza de San Francisco queda como el más importante monumento de Olite”.

Además, como se recoge en la Memoria de la Institución Príncipe de Viana del año 1965, los técnicos consideran que la cesión de una parte del Palacio Real de Olite “ha supuesto un gran impulso para las obras de restauración porque ha concentrado los esfuerzos de la Institución en la parte gótica del Castillo, donde se está terminando la restauración de la torre del Homenaje”.

En 1968 los autores, los responsables de la intervención están satisfechos de su decisión. “Se ha consolidado el claustro de la iglesia de Santa María la Real, quedando un magnífico conjunto, y que al mismo tiempo permite ver en todo su esplendor la magnífica portada tallada de esta Iglesia. Toda esta importante obra ha permitido también contribuir al embellecimiento de la plaza de San Francisco, presentando a los turistas que vienen al Parador de Turismo, una espléndida visión del Monumento, a su llegada”.

La des-restauración o la restauración de 2006

Este sería un caso de des-restauración en negativo. En esta ocasión la intervención que pide el monumento no consiste en retirar ni sustituir, sino en restituir, reponer. Reponer para tratar de recuperar el espacio claustral, y para proteger un conjunto escultórico que estamos perdiendo vertiginosamente.

Pero no me gusta hablar de des-restauración porque tengo la sensación de que cuando utilizamos este nuevo término es porque queremos demostrar el error de otros. Conviene señalar que la des-restauración es una enfermedad de ricos, porque para practicarla, uno debe tener todo el trabajo hecho,

todo el patrimonio en perfecto estado de revista, y dinero. Hay que tener en cuenta que una parte muy importante de la reversibilidad de las intervenciones es una cuestión económica.

Por mi parte prefiero seguir utilizando el término tradicional de restauración. De una fase, de otra. La de 1924 o la de 1963. Si defendemos que el monumento que nos ha llegado es fruto de la historia que se ha ido amontonando en él, no podemos pensar que nuestra intervención vaya a ser la definitiva porque, aunque a algunos les parezca mentira, con nosotros no se acaba la historia.

La des-restauración del Parador es impensable por imposible. Entre otras cosas porque no fue una restauración. Se utilizaron los restos del palacio viejo para dar *glamour* al nuevo parador. No fue una restauración equivocada porque en ningún momento se planteó como tal. Por el contrario, fue un alivio para los restauradores que consideraban que por el estado de destrucción en que se encontraba no admitía una fiel restauración.

Para la forma de ver y entender la arquitectura monumental de las gentes que protagonizaron aquel momento, según el gusto y la sensibilidad del lugar y de la época, el claustro, y sobre todo lo que tenía encima, carecía de valor arquitectónico. O no valía tanto como para que su conservación impidiera la construcción del anhelado Parador Nacional que iba a situar a Olite y a Navarra en el mapa turístico de España. El claustro y las casas que a él se adosaban eran, para aquellas gentes, un impedimento para contemplar lo realmente bello, la magnífica portada de Santa María. Pero no cayeron en la cuenta de que la portada de la iglesia es con claustro. De la misma forma que la portada es con iglesia.

A medida que uno se adentra en los hechos y se pone en la piel de los que tomaron la decisión que hoy consideramos desafortunada, se da cuenta de que con los datos que manejaban, tenían poco margen de maniobra. Si vemos las imágenes de la plaza de principios de los años sesenta, admitiremos que quisieran cambiar su aspecto. Y cambiaron su aspecto con las exigencias de un Parador Nacional que daba trabajo a mucha gente de la localidad y que, como ya se ha dicho, situaba a Olite y a Navarra en el panorama turístico español. Al mismo tiempo, reducían considerablemente el volumen de palacio a conservar, lo que les iba a permitir centrarse en la zona más pintoresca, dando un uso al palacio viejo que consideraban compatible con la dignidad del monumento: “un establecimiento de lujo para el gran turismo extranjero, que desea verse alojado en un viejo castillo español”.

Hay que reconocer que las construcciones que se amontonaban sobre el claustro eran auténticas excrescencias. El envoltorio del claustro no era bello, estaba fuera de escala y no se relacionaba bien con los restos del palacio viejo. Pero acotaba y jerarquizaba los espacios. Llegar de la luz de la plaza a la penumbra del claustro para pasar de nuevo a la luminosidad tamizada de la portada y alcanzar, por fin, la iglesia.

Esto ya no es así. Pero puede y debe volver a serlo. Soy consciente de que si la portada no estuviera en peligro me resultaría muy difícil vender la restauración del claustro simplemente por cuestiones de adecuación espacial. Pero, por desgracia, se ha comprobado que la demolición del claustro ha afectado muy negativamente a la conservación material del monumento, porque supuso dejar desprotegida la magnífica portada, y exenta y expuesta a la intemperie la arquería gótica del claustro y toda su ornamentación. Entonces nadie podía imaginar que aquella decoración que había durado siete siglos se pudiera desvanecerse en unos pocos años. Porque cuarenta años después de la demolición nos damos cuenta de que la portada se nos va. A San Juan se le cayó la cabeza, Doña Blanca ha perdido el rostro, y la policromía desaparece a gran velocidad. Hay que proteger la fachada-portada, como estuvo protegida en otro tiempo y Villaamil recogió en su grabado. Con el mismo celo, pero con otros medios, con otra sensibilidad e, inevitablemente, con otras formas.

Nos encontramos ante una magnífica portada que se nos va por no estar protegida ¿compensa protegerla de nuevo, aunque esta protección reduzca y enturbie el placer de su contemplación? La protección de la arquería del claustro no plantea ninguna duda. Desde mi punto de vista, el del arquitecto, hay que reconstruir el claustro. Aunque se podría, simplemente, proteger la arquería y la escultura que se apoya en ella. Pero eso, con lo que demasiada gente estaría de acuerdo, sería un error. Un error, porque estaríamos ante una intervención que, efectivamente, garantizaría la integridad de los arcos del clustro y de su escultura, pero negaría la condición arquitectónica del claustro, al rechazar la cualidad de elemento arquitectónico de la arquería y reducirla a la categoría de escultura. En este caso, la des-restauración o restauración de 2006 consiste en restituir. Sin pensar en lo que hubo, hay que tratar de recuperar la función, el concepto y el significado del claustro de Santa María la Real de Olite.

Nota

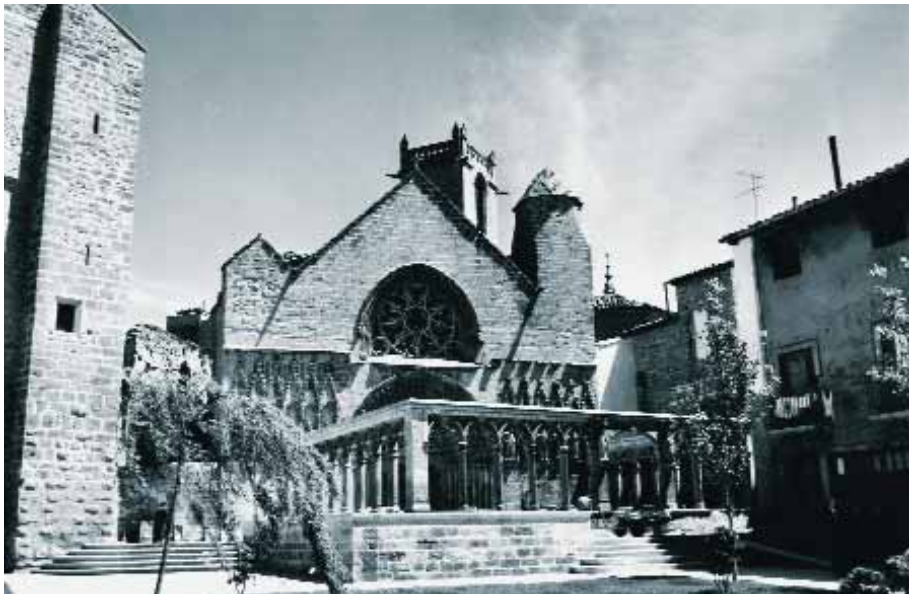
¹ Para la redacción de este apartado he utilizado el trabajo que el historiador Javier Martínez de Aguirre preparó para acompañar las bases del Concurso de anteproyectos para la conclusión de las obras de restauración del Palacio de los Reyes de Navarra en Olite, que convocó el Departamento de Educación y Cultura del Gobierno de Navarra en 1986.



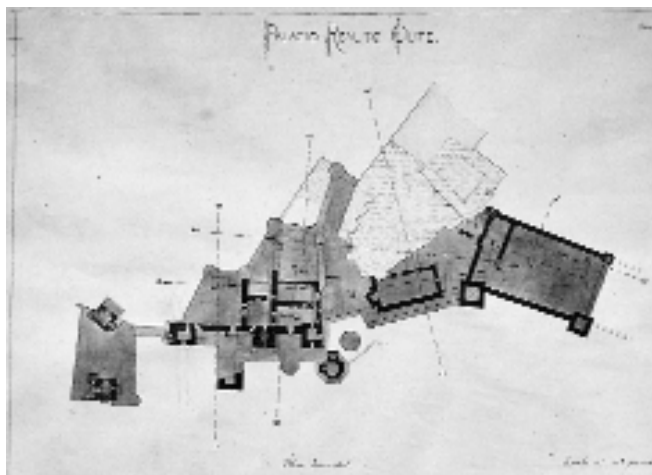
El claustro antes de convertirse en atrio, 1931. Fuente: Archivo Institución Príncipe de Viana (IPV)



Los edificios situados junto al palacio viejo que, al construir el Parador, se van a derribar, 1963. Fuente: Archivo Institución Príncipe de Viana (IPV)



La fachada de Santa María con la arquería en primer término, 1968. Fuente: Archivo Institución Príncipe de Viana (IPV)



Planta levantada por Iturralde y Suit, donde se aprecia la iglesia de Santa María y su claustro englobados en el conjunto palaciego, 1870. Fuente: Archivo Institución Príncipe de Viana (IPV)